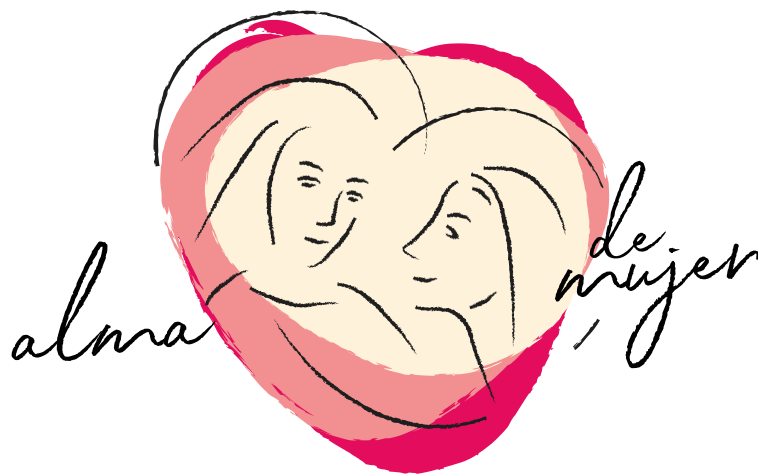


## LA NATIVIDAD

GEERTGEN TOT SINT JANS





## **Proyecto Ein Karem**

Archidiócesis de Toledo

### **LA NATIVIDAD**

#### GEERTGEN TOT SINT JANS

He aquí una pintura del Misterio. ¿Cómo pintar el asombro, la intimidad y la emoción contenidos ante algo que supera lo conocido por el hombre? Todo un Dios hecho carne, que nace débil, menudo, tembloroso en un comedero de animales, sobre unas pajas. ¿Cómo no arrodillarse como María y adorarle gozosos? ¿Cómo no conmovernos y acercarnos para ser iluminados por su luz deslumbrante?

María muy joven y bella, con finísimos rasgos, ojos rasgados, nariz recta, boca menuda, largos cabellos castaños y ondulados y frente despejada, según la moda femenina, enmarcada por una blanquísima toca de pronunciados pliegues. Une sus delicadas manos de esculpidos dedos, mientras se inclina hacia delante devota, a adorar a su Hijo. La figura de José es novedosa porque aparece en un segundo plano, no como el anciano despistado que dormitaba o llegaba tarde con la candela, sino como un joven y fuerte varón, capaz de custodiar a María y al Hijo de Dios de enemigos tan peligrosos como el mismísimo Herodes, y sobre todo, de transmitirle la sabiduría de la Torah y el amor y el temor de Yaveh. José, sorprendido por la presencia divina, penetra en la escena con reverencia y temor de Dios. Ante el

asombro de ver el prodigio, se detiene conmovido y se lleva la mano al corazón en un gesto de recogimiento lleno de intensa devoción, expresión de los sentimientos religiosos profundos del propio pintor que convierte la escena en algo sagrado. De ahí que los coros angélicos, que antaño volaban bien alto para proclamar el Gloria in excelsis, hayan dejado las alturas atraídos por la luz resplandeciente y estén ahora bien cerca asomándose curiosos alrededor del niño, a fin de ser iluminados por su luz y calor.

Esta pintura de la Natividad del pintor flamenco Geertgen contiene uno de los tratamientos más atractivos y convincentes de una escena nocturna, íntima y sagrada. Para muchos, verdaderamente éste es el primer nocturno del arte occidental. No sólo es profundamente emotivo y espiritual por el asunto, tratado a base de delicadas pinceladas, sino que técnicamente contiene originales innovaciones pictóricas: unos contrastes extremos de luz y sombra, que contribuyen a aumentar el sentido milagroso y sagrado del nacimiento.

Porque ya no es el rayo de luz de la estrella el que ilumina esta escena y guía a los magos hacia el Niño, sino que es la propia criatura en el pesebre la que irradia desde dentro, a través de su carne fosforescente al resto del mundo, empezando por el rostro deslumbrado de su madre, los de los ángeles niños adoradores y la figura de un José sobrecogido y lleno de emoción contenida. La Luz del Mundo se hace visible en la carne. Sin embargo, esta verdad dogmática no se transmite con el brillo del pan de oro, sino a través del resplandor naturalista de un cuerpo redondeado y grácil, reflejo de la piedad de la época, en la que la humildad es el camino a la santidad.

La idea de que el niño Cristo ilumina la escena de la Natividad proviene de los escritos del siglo XIV de Santa Brígida de Suecia, publicados alrededor de 1492, quien escribió en sus Revelaciones, que la luz del niño recién nacido era tan brillante, que el sol no era comparable a ella. No solo fue descrita minuciosamente por la santa la idea del Niño luz, sino las vestimentas, posturas, actitudes y sentimientos, contribuyendo a enriquecer esta escena pintada.

Santa Brígida de Suecia, múltipara madre de ocho hijos, en 1370 viajó a los Santos Lugares y en la cueva de Belén recibió esta visión con todo detalle acerca de cómo fue el parto virginal: “La Virgen se descalzó, se quitó el manto blanco con que estaba cubierta y el velo que en la cabeza llevaba (...), se arrodilló con gran reverencia y se puso a orar con la espalda vuelta hacia el pesebre y la cara levantada al cielo, hacia el Oriente. Juntas las manos y fijos los ojos en el cielo, hallábase como sus-

pensa en éxtasis de contemplación y embriagada con la dulzura divina; y estando así la virgen en oración, vi moverse al que yacía en su vientre, y en un abrir y cerrar de ojos dio a luz a su Hijo, del cual salía tan inefable luz y tanto esplendor que no podía compararse con el sol, ni la luz aquella que había puesto el anciano daba claridad alguna, porque aquel esplendor divino ofuscaba completamente el esplendor material de otra luz.

Al punto vi a aquel glorioso Niño que estaba en la tierra desnudo, y muy resplandeciente, cuyas carnes estaban limpiísimas y sin la menor suciedad e inmundicia. Oí también entonces los cánticos de los ángeles de admirable suavidad y de gran dulzura.

Así que la Virgen conoció que había nacido el Salvador, inclinó al instante la cabeza y juntando las manos adoró al niño con sumo decoro y reverencia, y dijo: “ Bienvenido seas mi Dios, mi Señor y mi Hijo”. Entonces llorando el niño y trémulo con el frío y con la dureza del pavimento donde estaba, se revolvía un poco y extendía los bracitos procurando encontrar el refrigerio y apoyo de la madre, la cual enseguida lo tomó en sus manos y lo estrechó contra su pecho, y con su mejilla y pecho lo calentaba con suma y tierna compasión. Después de todo entró el anciano, y postrándose en tierra delante del niño lo adoró de rodillas y lloraba de alegría. Lo pusieron en el pesebre, e hincados de rodillas, lo adoraron con inmensa alegría.”

Los artistas encuentran fascinante expresar plásticamente este relato lleno de humanidad y sentimientos. Ya no hay lugar para una figura de la madre recostada, cansada tras el parto, ante las comadronas que bañan al niño, tal como el arte sirio y bizantino usaba representar. María, pariendo de rodillas se ha convertido en la primera adoradora de su Hijo, quien ya no tiene el cuerpo fajado, como era costumbre en la época, sino que exhibe primoroso su desnudez, su carne divina resplandeciente, que viene a entregar como cordero para la salvación del Hombre.

El buey y el asno tampoco quieren perderse detalle. Asomadas sus grandes cabezas sobre el pesebre para recibir un rescoldo de la cálida luz, aportan el encanto ingenuo de una tierna leyenda franciscana. Sin embargo su presencia anecdótica como animales del establo que calentaban con su aliento al recién nacido, pasó a ser considerada el cumplimiento de las profecías de Isaías (“Conoce el buey a su dueño y el asno el pesebre de su amo. Pero Israel no conoce, mi pueblo no discierne” Is 1,3), y Habacuc (“En medio de dos animales te manifestarás” Hab 3,2).

En la ladera distante, visible a través de la abertura en el ruinoso establo, el resplandor de un ángel anuncia el nacimiento divino a los pastores que cuidan los rebaños mientras se calientan a la luz de la hoguera. Su presencia y el anuncio increíble de la noticia del nacimiento del Mesías, les lleva a levantar los brazos maravillados. También ellos irán a adorarlo, aunque en este caso el pintor ha preferido detenerse en el primer instante silencioso y personal de la Sagrada Familia. La Familia, qué gran santuario de amor, de veneración de cuidado de unos por otros. La mujer, qué gran figura, es el hogar, el corazón, la entrega, la dedicación a unos y a otros. Llena de la luz que recibe de Cristo, la mujer es la figura portentosa y grandiosa, porque no deja de dejarse iluminar por Cristo y no cesa en unir sus manos en oración y adoración. Asomada al cuerpo de Cristo puede a su vez sostener a su familia e irradiar esa luz divina.

Esta obra conocida como El Nacimiento o La Natividad de Noche, es un pequeño óleo sobre tabla de roble, de pequeñas dimensiones ( 34 x 25,3 cm), una de las últimas obras del artista

Geertgen tot Sint Jans de quien han sobrevivido apenas una docena de pinturas. Suele datarse después de 1490 y se conserva en la National Gallery de Londres desde que fue comprada en 1925.

El pintor Geertgen tot Sint Jans o “pequeño Gerardo de los hermanos de San Juan”, (refiriéndose a los Hermanos de San Juan en Haarlem, una congregación de laicos a la que al parecer, el artista pertenecía), fue la personalidad más destacada del arte de los Países Bajos del Norte durante el s. XV. Holandés, nacido hacia 1465 y desaparecido alrededor de 1493. No se sabe mucho de su vida, nació y vivió en Haarlem, aunque los hallazgos más recientes, sugieren que en realidad nació en Leiden, y vivió una parte de su aprendizaje en Flandes, probablemente en Brujas, muriendo muy joven a la edad de 28 años. Fue un lego en la Orden de San Juan, así como discípulo del pintor Albert van Ouwater, aunque sus obras muestran una marcada influencia flamenca, sobre todo de Hugo van der Goes, en su forma de componer y pintar los paisajes. Sin embargo, su personalidad es única: la encantadora ingenuidad de sus pinturas y la pureza y la sencillez de su estilo, inimitable, le convierten en uno de los más queridos pintores primitivos flamencos.

Pilar Gordillo Isaza

Historiadora del Arte